

El hijo de la danza



Ernesto Alejo Sosa continúa reverenciando la danza como lenguaje universal que conecta a las personas, y celebra la herencia cultural de Cuba. (Foto: Carolina Vilches Monzón)

Por Alba Thalía Valle Gómez

Ernesto Alejo Sosa es uno de esos hombres que tienen luz en la mirada. Escucharle emitir una palabra, acompañada de algún gesto, resulta más que suficiente para percibir ese misticismo que le rodea el cuerpo. Uno descubre, por fin, su aureola «invisible», poética, humanísima.

Yo vine a este mundo para hacer danza», me dice a la primera, y comienza así una retrospectiva en el tiempo. «Cuando era niño, recuerdo cómo el viento entraba a mi casa de Encrucijada y levantaba las cortinas. Yo jugaba, con cinco años, a pasarles por debajo y evitar que me tocasen. Me lanzaba al suelo por deslizamiento y luego me incorporaba a la espera de otra brisa para repetir el proceso.

«Después comprendí, en la academia, que esos son principios básicos de la caída, recuperación y suspensión. Ahora que conozco los conceptos y soy capaz de manejarlos, me doy cuenta de que desde pequeño la danza estaba ahí. Es hermoso reconocer cómo la información ya viene en ti».

Esas ansias de movimiento y expansión siempre le vaticinaron que su pueblo natal, Encrucijada, le quedaba muy pequeño para desarrollarse. «Desde los nueve años, o incluso antes, supe que yo allí no podía morir. Entonces, cuando vino el plan de carreras en noveno grado, recuerdo que había solo una beca para ser químico de suelos y fertilizantes, en la finca

Cuquines. Así que, sin dudarlo, me dije: «Me voy a La Habana a conocer la que había sido la casa de campo de Batista.

«Apenas llegué a la capital me sumergí en su vida cultural: me nutrí del teatro, la plástica, la cinemateca y la danza. Todo eso me fue cargando por dentro y, luego de graduarme, regresé a Santa Clara con la frustración de querer ser artista y no poder. Pero esa realidad cambió cuando me captaron para la escuela de arte, mientras un día bailaba en las comparsas de mi pueblo».

«Ni pruebas ponchadas ni quejas de tus maestros»: esa fue la única condición que su madre le puso. Entonces se graduó de instructor de arte y poco después conoció el grupo de teatro Escambray, donde participó en el montaje de obras en las que muchas veces él era bailarín, coreógrafo e, incluso, actor.

A los 16 años de vida como maestro, justamente en 1995, fundó su propia compañía.

«Danza del Alma comenzó siendo una compañía solamente de mujeres, por la admiración y el respeto que siento hacia ellas y sus valores. Pero no fue una etapa para nada fácil como muchos piensan, a juzgar solamente por los resultados y no por el empeño mantenido en el tiempo.

«Solo imagina. Teníamos que esperar a terminar las clases en la Escuela Vocacional de Arte Olga Alonso y a esa hora, cinco de la tarde, comenzábamos los ensayos. Aún no había una sede oficial y los ensayos se extendían, fácilmente, hasta las once de la noche. Yo tenía que

acompañar, con mi bicicleta en mano, a cada muchacha a su casa. Cinco mujeres», recuerda.

Seis meses después de creada la compañía, Danza del Alma participó en el primer Festival Internacional Alicia Alonso. Obtuvo el premio a la mejor coreografía, el premio internacional de la crítica y la medalla de oro del concurso. «A partir de ahí comenzó una etapa donde se tuvo que educar al público y crear un apetito estético por la danza contemporánea», comenta Ernesto Alejo.

«Por esas fechas se montaron obras como *Magdalena*, inspirada en el mismo poema de Martí, y también traje los primeros desnudos a la ciudad. Fue hermoso y difícil a la vez, porque aquello representaba un grupo de rupturas para los espectadores. Era un lirismo muy grande: bailábamos con escaleras, linternas, llenábamos las calles con botellas de agua ante su escasez en aquel momento.

«Después vino otro fenómeno a la ciudad. Hace 19 años atrás estaban cerradas la casa de la cultura, la biblioteca, el teatro. «¿Qué hacemos?», me dije. Y entonces nos lanzamos a la calle para llevar el baile y la danza. Es así como surgió el festival Para Bailar en Casa del Trompo».

Cada joven tiene su propia epopeya. «Quizás la mía fue haberme dado cuenta de que tenía que fundar, y fundé: escuela, centro de danza, compañía de baile y festival. Esa temporada de danza, que es Para Bailar en Casa del Trompo, fue concebida porque Danza del Alma nece-

sitaba espacios donde bailar. Entonces, me propuse hacer un evento que fuera un soporte, una plataforma para la danza contemporánea en Cuba.

«Creo que mi intención siempre fue llenar un vacío profesional en la ciudad de Santa Clara, aun cuando existía un antecedente con algunos intentos de danza que surgieron en la época, pero ninguno se consolidó en el tiempo de la misma forma que lo hizo Danza del Alma.

«Santa Clara es una ciudad a veces madre y siempre madrastra, porque recibe a todo el que llega. Los hombres aquí son más ataviados y tienen una intelectualidad más notable, a pesar de su juventud. En aquel tiempo era así. Y apenas noté aquello comencé a sumar figuras masculinas a cuerpo de baile.

«La compañía experimentó una redirección. Comenzaron las giras internacionales, echamos a andar y fue muy bueno. Pero me di cuenta de que a mí no me interesaba ser el coreógrafo de las grandes multitudes. Me gusta decir: «Yo soy el coreógrafo de las pequeñas multitudes». Porque ahí es donde encuentro un público leal.

«Danza del Alma es mi hija, tanto como lo es el festival Para Bailar en Casa del Trompo. Los que vienen a jalar la pita conmigo son sus padrinos. Es un fenómeno social y de pueblo, eso es lo que hacemos: una labor social y comunitaria por y para el pueblo».

La vida se nos da y la merecemos dándola. Quien olvide para qué vino al mundo, simplemente

te es un hombre sin suerte. Ernesto Alejo lo tiene muy claro, y también lo defiende a ultranza. «Saber que tú no eres más que un obrero de la coreografía, como lo es también el periodista con las letras. Así de simple: para eso yo vine al mundo».

Eso sí, el proceso de creación en Danza del Alma no es un «marco y repito». Su director y coreógrafo principal apunta: «Yo necesito sumergirlos y despertar en ellos sus resortes creativos. De ahí que montar un espectáculo en mi grupo demore un año, pues el proceso comprende cinco etapas: búsqueda en campo (música, literatura), improvisaciones, improvisaciones-fijaciones, escenas montadas (el caos dentro del caos) y la puesta en escena, finalmente.

«Esos postulados estéticos demuestran un proceso de dramaturgia para la danza muy bien pensado, pero también demandan bailarines con pensamiento agudo y un gusto por la investigación. Aquí es donde deben demostrar que la academia no solo les enseñó a desarrollar conceptos, sino que también contribuyó en la formación de su intelecto. El resto (la experimentación) hay que dejárselo a las compañías».

Son muchas las facetas que tienen lugar en la vida de un creador y también dirigente, por consecuencia. Hay quienes reconocen a Ernesto Alejo como el ángel salvador de las edificaciones culturales en Santa Clara. «Yo no creo eso —dice—, solo que a alguien tiene que importarle lo que otros dejan destruir.

«Yo soy un hombre de sumar, no de dividir o restar. No puedes edificar y abandonar, tienes que edificar y ocuparte de lo que hiciste crecer. Porque si uno parte y abandona, la apatía, la dejadez y la desidia todo lo acaban», comenta el también director del teatro La Caridad, de Santa Clara.

«Las casas, como las instituciones, tienen el espíritu de quien las dirige. Entonces yo creo que uno es responsable de limpiar su casa, de llevar luz, de abrir las puertas y también de saber a quién dejar entrar en ella», enfatiza.

Podría decirse, con total certeza, que Ernesto Alejo está entre las personas que han cumplido lo que dijeron que querían ser y hacer, y eso es bien difícil. Con su ímpetu, a través de su arte, ha podido salir al mundo a defender lo que esas dos personas que coexisten en su interior han querido expresar.

«Con mi arte he llevado a Cuba por el mundo, diciendo los muchos cubanos que hay en mí y en mi obra, y siento que todavía sigo en deuda con mi patria y con la creación. Pero también siento que Cuba, sin lugar a dudas, es mi techo creativo».